

MI TIO PEDRO

JOSE G. GUZMAN M.

Mi
Tío Pedro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Departamento de Extensión Universitaria
Monterrey, México

UANL B. U. "Raul Rangel Frías"
Documento Donado por:
Lic. Federico Paéz Flores

PQ 7298

.17

NO 9

MS

1961

e1

PRIMERA EDICION DEU, 1961



EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE EXTENSION UNIVERSITARIA
SECCION LETRAS

I

Amaneció muerto, que era el otoño. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte no sobreviene en la realidad de su existencia. En la antecámara del invierno.

Un viento frío, pero con una sorprendente facilidad las gruesas nubes se dispersaron.

Aquella mañana, era el día que él disfrutara con plenitud y optimismo.

Eran las mismas de siempre, esas que él había escogido, de obrar en esas mañanas frescas y nubladas, para emprender un viaje sin retorno. ¡Brisa capricho de destino que hasta ahora no le fue adverso! Sin embargo, la Ley inexorable de Dios se cumplió con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd rodeado por las mujeres.

Ardientes gotas de llanto empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos histéricos de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué antaño! Solo por última vez, para luego encerrarlo en la frívola tumba del olvido.

5

PQ 7298



I

Amaneció muerto aquella mañana otoñal. ¡Curiosa coincidencia de la vida! La muerte lo sorprendió en la madurez de su existencia. En la antesala del invierno.

Un viento helado, pero agradable, movía con sorprendente facilidad las gruesas nubes que cubrían el cielo.

Aquella mañana, era como todas las que otrora disfrutara con plenitud y optimismo.

Eran las mismas de siempre de su estación favorita y a no dudar hubiera escogido, de obrar su espontánea elección, una de esas mañanas frescas y nubladas, para emprender el inevitable viaje sin retorno. ¡Raro capricho del destino, que hasta en el morir no le fue adverso! Sin embargo, la Ley inexorable de Dios volvía a cumplirse con exactitud matemática y el cuerpo yacía en su ataúd, indiferente a cuanto le rodeaba.

Ardientes gotas de llanto empañaban la transparencia de aquel cristal por donde asomaba, apenas, el rostro apacible del difunto. Allí estaba descansando, como dormido profundamente sin poder despertar de su letargo, a pesar de los sollozos y los gritos histéricos de las mujeres. ¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué amargura verlo por última vez, para luego encerrarlo en la frívola celda del recuerdo!

Sin embargo todo pasa. La vida va dando empujones y las heridas se cierran. La memoria nos es ingrata y va alejándonos cada día más de aquella fresca mañana, haciendo languidecer juramentos y fidelidades. Recuerdos que se dispersan con el viento del camino. Añoranzas que se quedan prendidas en el corazón.

El tiempo lo aclara todo y más tarde lo desvanece, tal como si fuera gigantesca rueda de la fortuna que, en sus giros fantásticos, primero acerca y luego aleja las canastillas humanas, para perderlas finalmente en el embrujo infinito de la noche estrellada.

II

Tendría unos doce años cuando conocí al tío Pedro, es decir, cuando me percaté de su presencia física, ya que durante mi niñez, estuve alejado temporalmente del hogar paterno al cuidado de unas tías solteras que vivían en la ciudad.

Mi tío Pedro era un hombrón de casi dos metros de altura, robusto y fuerte. Tenía la cara colorada como un tomate, en donde serpenteaban unas finísimas venas color celeste. Respiraba el hombre tal vitalidad, que a veces me parecía un auténtico gigante arrancado de las páginas doradas de los cuentos infantiles, aquellos que con candor incomparable me relataban mis tutoras solteronas.

El tío Pedro estaba unido en matrimonio con una hermana de mi madre, la tía Virgen, de quien en honor a la verdad, no supe a ciencia cierta si lo de "virgen" era por su nombre de pila o por su incapacidad para proporcionar soldados a la Patria. La pobre nunca tuvo hijos, pero mi madre suplió tal deficiencia concibiendo hijos por las dos. En efecto, mis once hermanos que junto conmigo -el más chico-, sumábamos doce, formábamos algo así como una verdadera tropa que hacía rabiar y desesperar a las cuatro cabezas de familia que regían bajo el mismo techo: mi mamá Julita, mi papá Julito, mi tío Pedro y la tía Virgen. Los que daban más guerra en las peleas cotidianas eran indudablemente los mayores, ya que integrába-

mos aquel tremendo equipo, cuatro varones y ocho alharaquientas hembras. Cuando había disputa, aquello era la tierra de nadie. El único que imponía respeto hasta el miedo era el tío Pedro. El solo trueno de su voz nos dejaba mudos de espanto.

Cabe hacer notar que mis prolíficos progenitores, eran, lo que se llamaba en el pueblo, unas almas de Dios. Lo único que hacían, quizá de reprocharse, era traer anualmente hijos y más hijos al mundo, tanto, que una vez le oí decir a la tía Virgen que si algo no se le hubiera descompuesto a mi mamá, rebasaríamos de la veintena. Mis queridos padres, en efecto, pecaban no por aquello de los hijos, sino porque eran muy bondadosos y demasiado indulgentes. Jamás, que recuerde, mi padre castigó a ninguno de mis hermanos. Mi madre, santa mujer, mucho menos. Destilaban una melosa dulzura digna de una estampa cristiana. Indudablemente eran unos santos.

De tal manera que en aquel sagrado hogar, como único rey en su trono, reinaba la canosa testa de mi tío Pedro, el intocable. Aquel que había sido pastor de cabras, era ahora el guía, el pastor de nuestro ganado familiar. Era él, propiamente, el amo de la familia, la cabeza principal, el árbitro de las supremas decisiones. Justo o injusto, tuerto o derecho, a él nos plegábamos toda la tribu en las horas de las tribulaciones. El mandaba.

III

Mi hermano mayor, Enrique, lloraba desconsolado a la orilla de la tumba del tío. Sus lágrimas caían como clavos candentes pretendiendo traspasar la dureza de la impasible roca, para ir a bañar con la cálida flama de su llanto, aquel rostro tan querido y otrora temido.

Enrique sentía la muerte en su propia carne. A pesar de que a veces odiaba al tío, también así lo quería y respetaba. Por otra parte, físicamente, Enrique era el vivo retrato del difunto. Este parecido extraordinario fue por cierto, motivo de horribles conjeturas de

parte de los enemigos gratuitos que se gozan deshonrando con la palabra. Me duele todavía recordar que el nombre sagrado de mi madre, fuera enfangado por aquellos pueblerinos paisanos míos, cuyas mentes inocentes necesitaban el estímulo de la calumnia para su divagación.

De pronto, una voz se dejó escuchar rompiendo el respetuoso silencio. Era uno de los íntimos amigos del tío Pedro el que hablaba. Sus palabras rebotaban en las tumbas con la sonoridad del metal. Por allá en los laberintos del subconsciente se anidaron desordenadamente algunos de sus conceptos, mismos que a través de los años, he oído repetir con pocas variantes, en los tristes momentos de las despedida postreras.

"Fuiste para todos un hermano, la ternura de tu corazón no fijaba límites y tu recuerdo será estímulo para los que te quisimos".

"Te acompañan con el corazón destrozado, tu viuda y tus sobrinos, los cuales te amaron y respetaron como a un padre".

"Descansa en la eternidad, noble titán. Regresa a la tierra cumpliendo la profecía: polvo eres y en polvo te convertirás. Adiós amigo del alma".

Y así siguió el vendaval de frases epitafiales, las cuales lograron conmover mis sentimientos, por más que en mi interior las considerase vanas.

Una llovizna ligera aceleró la ceremonia póstuma y con pasos presurosos nos encaminamos a las puertas de aquella ciudad de los muertos, a la cual, ineluctablemente, regresaríamos algún día para no retornar. Los pinos achacosos se balanceaban al golpe del viento silbando su fúnebre melodía, mientras los sauces lloraban lágrimas del cielo que eran recogidas áviamente por la tierra sedienta.

Allá, en la más terrible de las soledades, quedaba aquel que siempre había estado rodeado de amigos y familiares. Triste condición y fin del ser humano, nacer para morir y siempre tener que morir para dejar vivir.

Cadenas seculares de vida y muerte. Misterios que la mente humana inútilmente trata de violar.

IV

Apenas aparecía el disco anaranjado anunciando el nuevo día y ya los latidos de vida alegraban aquella casona de los aledaños del pueblo. En mis sueños de niño se me antojaba un castillo feudal, quizá por haber estado reciamente construído de sólido sillar con remates de ladrillo rojo, sobre un pequeño promotorio. El casco del pueblo estaba a nuestros pies. Aquel sitio era un observatorio privilegiado.

La puerta central de entrada era de roble macizo con pequeños adornos cuadrados de hierro. Una mano gigante empuñando una bola -también de hierro-, que a mí me parecía el mundo, era el llamador que nunca usábamos. Siempre estaba abierta.

Un amplio recibidor que servía de sala, sorprendía a las visitas con sus cuadros extravagantes que vigilaban dos cabezas de venado disecadas.

Ocho recámaras se repartían a los lados del corredor colosal, cuyas paredes revestidas con un mosaico-azulejo, daban la permanente sensación de alegría y felicidad. Comedor y cocina se juntaban con un portalito cuya puerta era la que más utilizábamos por su fácil acceso a los servicios, patio y corrales. Gruesas vigas de madera espiaban desde lo alto los movimientos de sus moradores.

Afuera, un jardín amorosamente atendido en donde predominaban las rosas-reinas, claveles, lirios, nardos y tímidas maravillas, era embalsamado por el aroma penetrante y seductor de los jazmines.

Atrás, la huerta con aguacates, perales, ciruelos, higueras y nogales. Más abajo, hacia el río, perfume de azahares, naranjos y limoneros en floración.

En el corredor, colgadas en los ramales de la bugambilia morada, jaulas multicolores que albergaban canarios, ruiseñores y clarines, cuyos delicados cantos contrastaban con la algarabía de mis hermanos, que solían bromear en las abluciones matinales arrojando el agua fría que revivía a los desvelados.

Los únicos dos servicios de baño y excusado eran demandados

con urgencia por los más desesperados. El tío, al ocuparse de estos menesteres, acostumbraba fumarse un cigarro de hoja con toda paciencia, mientras evacuaba, porque así, según decía, provocaba la fácil desocupación del intestino. El motín entre hermanos y hermanas era entonces inminente. Algunos no esperaban e iban con pasitos apretados hacia los corrales, siempre con el ojo avizor de que no los sorprendiera la tía Virgen y defendiéndose con un palo de las embestidas de los cerdos, que buscaban en el excremento las delicias de un postre.

Una mesa enorme ocupaba el centro del comedor alrededor de la cual nos sentábamos en orden riguroso todos los componentes de aquella gran familia, a los primeros albores de la aurora. Grandes cacerolas de frijoles humeaban en el fogón, cuyo fuego era avivado por mis hermanas que estuvieran de turno en la cocina, auxiliadas por dos criadas que trituraban el maíz remojado para hacer la masa de las riquísimas tortillas. Ollas de café hervían despidiendo su aroma peculiar. Las sartenes gemían al contacto de la manteca de cerdo y los huevos frescos saltaban frenéticos al mezclarse con los chiles, cebollas y tomates.

A una orden del tío Pedro, quien ocupaba invariablemente la cabecera, empezaba la batalla por la subsistencia. Había necesidad de convertirse en un verdadero perito en estrategia militar, para poder llenar el estómago siempre hambriento.

Canastos de pan eran devorados en menos que canta un gallo, por aquellas bocas sin fondo. En breves minutos los alimentos eran arrasados materialmente, quedando el campo desnudo de especies comestibles. El almuerzo estaba concluido y cada quien volaba a sus labores: escuela, taller de costura y la mayoría al campo. Las avencillas se dispersaban en busca de nuevos horizontes, quedándose en el hogar algunas de mis hermanas, mi madre y la tía Virgen. Ellas también listas a librar la lucha diaria en los quehaceres domésticos y en las disputas que el carácter violento de la tía provocaba.

V

Entramos mi tía Virgen y yo al cuarto que servía de oficina al tío Pedro. El sol quebraba sus rayos en el enorme ventanal acariciando con su mano de luz aquellos objetos tan queridos, el escritorio de cortina, la silla con asiento de cuero de borrego, el antiquísimo tintero, libros de autores disímolos, armas de diferentes calibres y marcas.

Aquellas cosas me parecieron marchitas, esperando quizás también el consuelo de su muerte. Es curioso, pero los objetos parecen cobrar vida cuando se les trata y se les usa. Son seres animados con propia personalidad y están vibrando en comunicación constante con su amo que los maneja y cuida. Al desaparecer éste, ellos también mueren a su modo, ahogándose en la inmensa laguna de su nostalgia.

Mi inconsolable tía cuyo temple de acero había sido sometido a la dura prueba, hurgaba entre los cajones perfumados a cedro de aquel viejo escritorio, en el cual solía trabajar el ser ausente.

Al tropezar sus manos con alguna prenda consentida, sollozaba presa de sentida añoranza. Los recuerdos acudían a su mente al fijar su vista en el reloj chapeado en oro que le había obsequiado en uno de sus aniversarios de bodas. Ella, que no había podido engendrar hijos a pesar de tenernos a nosotros, se aferraba inconscientemente en un quizá justificado afán de posesión de reliquias antiguas y joyas, además de su colección de pajarillos, gatos y perros. Esos eran para ella los verdaderos hijos, absurda substitución de los auténticos que nunca pudo traer al mundo.

La pobrecilla de la tía, según contaba mi madre, había sufrido terriblemente en su juventud por la falta de descendientes. Mutuamente se culpaban ella y el tío Pedro, ocasionando tan frecuentes disgustos, la ausencia de éste en el hogar, por varios días. La única vez que se decidieron a consultar al boticario, a falta de médico, el diagnóstico confuso y me imagino ampuloso, del estúpido de don Nabor, no los sacó de dudas. Para no errarle, declaró estériles a los dos. Sólo la

ignorancia supina de mis tíos, los llevó con un hombre que presumía de sabio y que era en realidad, como decían en mi pueblo, una perfecta vaca.

La dureza de su natural carácter se recrudeció y a nosotros nos trataban como a soldados. De vez, en vez, asomaba en aquellos rostros amargados, la dulzura de una sonrisa.

VI

De todos mis hermanos destacaba el mayor de los hombres, Enrique. Era alto, bien parecido, marrullero y camorrista, pero con una inteligencia tan despierta que pronto se convirtió en el favorito de mi tío Pedro a quien invariablemente acompañaba en sus continuas correrías por los campos y rancherías. Su sonrisa era cautivadora. Siempre de buen humor, listo a la ironía con su palabra fácil y sarcónica. Quizá por eso el tío también sentía atracción por mi simpático hermano.

Enrique conocía a la perfección todos los caprichos y estados de ánimo del tío. Sabía cuándo estaba de buen o mal humor y también tenía la gracia de hacerle cambiar de carácter en algunas ocasiones, por cierto muy contadas.

Con penetrante sentido de observación decía que me fijara en los ojos del tío cuando pretendiera pedirle algún servicio. En los ojos -expresaba- está el secreto. El tío tiene uno bueno y el otro malo. El izquierdo es viscoso, turbio, no ve de frente, es su lado torcido y malvado. Sin embargo, el derecho es limpio, mira de frente, sin toruosidad, es su ojo bondadoso. En las alteraciones de sus órganos visuales se encuentra el sí o el no.

Pienso que algunas veces le fallaba a Enrique su teoría, porque con mucha frecuencia lo veíamos atravesar el corral como un venado, seguido de cerca por el tío que blandía su favorita y flexible vara de membrillo, que caía como látigo sobre las partes más blandas de mi hermano, haciéndole gruesos verdugones que lo imposibili-

taban a montar en su caballo preferido, por un par de días.

Cuando sucedían estos repetidos incidentes, ya fuera con Enrique o con otro de mis hermanos, mis padres aguantaban sin chistar las arbitrariedades del tío, elevándose a los aires en sones de protesta, las sonoras trompetillas de mis muy femeninas hermanas. Nadie se atrevía a más.

VII

La casa alegre y cascabelera estaba de luto. Las sombras se apretujaban por los rincones huyendo de la luz. La noche caía con su negra capa cobijando bestias, árboles y montes.

El amplio corredor de arquería española, recibía en silencio a los vecinos y familiares que asistían a los rosarios.

La tía Virgen con sus ojos enrojecidos alzaba su rostro apergaminado en demanda de atención.

En seguida, con su voz cascada recitaba maquinalmente el Padrenuestro hasta su primera mitad. Los demás, atropellada y presurosamente, completábamos el resto de la oración en murmullos semejantes a las piedras arrastradas por el riachuelo en sus épocas de creciente.

Ensortijadas en las invocaciones del Padrenuestro, venían las Salves, que hablan de las rogativas de nosotros los pecadores a la Madre de Dios por nuestra salvación, "ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

No se por qué al oír la palabra muerte, miraba de soslayo a mis padres, pensando quizá que por su edad avanzada, serían los que acudirían pronto al llamado de Dios, dejando fuera de toda eventualidad a mis jóvenes y saludables hermanos, algunos de ellos tan ajenos y sin embargo tan cercanos a la verdad del misterio supremo.

Cuando hacía estas reflexiones recordaba mi despertar a la vida. Los primeros contactos con mis semejantes. Mi madre, mis hermanos. De mi subconsciente brotaron los lejanos y felices días